

visible fuerza de la mentira provechosa, del derecho irónico. Si la Sinrazón es hoy dueña de los humanos destinos, al amparo de esta fuerza me pongo, y con ella me libraré del Cocodrilo y del Rinoceronte, y buscaré un arbitrio legal para romper mis lazos con la desdichada Helena y... (Atenaida prorrumpe en risa.) Qué, ¿te ríes?

ATENAIDA

Sí; me río de tu ceguera, de tu obstinación. (Óyese más fuerte el ruido del viento, y empiezan á agitarse las ramas de los árboles.) Ya los tienes aquí.

ALEJANDRO

¿Qué?

ATENAIDA

Tus amigos. Es la onda de los seres burlones que, según tú, gobiernan la humanidad en esta minúscula parte del Universo. Invócalos; pídeles lo que anhelas, para enmendar las desdichas que ellos mismos te han traído. Mereces que te atiendan.

ALEJANDRO

No te burles. No me aparto de mi creencia; lo absurdo impera. (Arrencia el viento; óyense diferentes rumores misteriosos en la plenitud atmosférica. Alejandro recorre la escena muy excitado y nervioso, mirando al cielo; eleva sus brazos, se golpea el cráneo.)

ATENAIDA

Y qué. ¿Has hecho ya tu invocación á la falange burlona?

ALEJANDRO

(Con firmeza.) Sí, y de ello no me arrepiento. Voy resueltamente por la vereda que me señala mi destino; persigo mi bienestar, mi felicidad, que al término de esta carrera ha de ser también la tuya... No me riñas; no muestres desconfianza ni enojo.

ATENAIDA

(Con serenidad.) Si estoy tranquila y confiada. Ya lo sabes.

ALEJANDRO

Veo que te encierras en una ironía dulce, y oponiéndote á mis designios, me aplicas el correctivo bondadoso que suele aplicarse á los niños traviesos. ¿Por qué te opones sistemáticamente á mis designios antes de conocerlos?

ATENAIDA

Si ya los conozco. ¿Crees tú que esta pobre mujer no sabe lo que has pedido á tus divinidades tutelares? Tus pensamientos determinan acción refleja en tu corazón, y los latidos de tu corazón repercuten en el mío. (Llevándose la mano al corazón.) Y esta entraña que es todo mi ser,

bien lo sabes, Alejandro, me ha dicho que lo que has pedido es ser ministro en la próxima crisis.

ALEJANDRO

(Pasmado.) Es verdad. (Estrechándola las manos.) Y pues eres tú la personificación de la humana sabiduría, dime ahora si obtendré lo que pido.

ATENAIDA

Sí. Reconozco en ti al hombre de corazón generoso, de clara inteligencia, pero que no atesora en su carácter la energía indispensable para gobernar á los pueblos. Es absurdo, querido Alejandro, es contrario á toda lógica y al sentido común que tú seas ministro; pero por eso mismo, porque ello es absurdo, porque es ilógico y desatinado, tus protectores te darán la cartera.

ALEJANDRO

(Con alegría.) ¡Oh! Que la tenga yo, y veremos.

ATENAIDA

Falta saber si podrás resolver los problemas inmediatos; librate del Cocodrilo y del Rinoceronte, y anular de algún modo la funesta resurrección de tu mujer.

ALEJANDRO

Todo eso haré y mucho más; pero oye, Atenaida de mi alma: si quieres darme aliento para

salir airoso, dime que estarás á mi lado en la lucha que me espera.

ATENAIDA

Estaré á tu lado; me pasaré... temporalmente, fijate bien, al bando de la Sinrazón.

ALEJANDRO

(Muy gozoso, estrechándola las manos.) ¡Ay, qué alegría me das!

ATENAIDA

Espérate un poco. No sacrifico yo la solidez de mis ideas á la fragilidad de las tuyas sin imponerte una condición.

ALEJANDRO

¿Cuál? Dímelo pronto.

ATENAIDA

Que no consagres exclusivamente tu vida ministerial á las menudencias burocráticas en interés tuyo y de tus amigos, y que hagas algo, Alejandro..., algo que illustre tu nombre y...

ALEJANDRO

Ya te entiendo, sí: algún proyecto de interés general, nacional. ¡Oh, sí; la patria...! La patria es lo primero... Eso lo hacen todos; es cosa fácil. Yo tengo aquí (con el índice en la frente) ideas her-

mosas, planes de regeneración, de cultura; y si á ti se te ocurre algo, mujer superior, si tu estro divino te sugiere alguna idea deslumbrante, dímelas... Desde luego puedes dármela explanada en un proyecto de ley...

ATENAIDA

Está bien; y si es razonable lo que yo te sugiera, has de hacerlo tuyo. Es la condición que has de cumplir si quieres tenerme á tu lado.

ALEJANDRO

Conforme; adelante. (Se suaviza lentamente el ruido del ventarrón. Aparece Protasia brincando por el foro derecha.)

PROTASIA

(Jadeante.) Atenaida, Alejandro. ¿No sabéis lo que pasa?

ALEJANDRO y ATENAIDA

¿Qué?

PROTASIA

Que doña Helena se ha escapado... En el fuerte huracán salió disparada...; sus faldas eran como alas...; no corría, volaba... Hiperbolos y mis hermanas fueron tras ella, sin poder alcanzarla.

ATENAIDA

¿Qué dices, niña?

PROTASIA

Que desapareció en las excavaciones. Hiperbolos, mi tío y mis hermanas, zarandeados por el huracán, vuelven hacia acá. Allá quedan Basilio y los demás criados buscando á la tarasca.

ESCENA XIV

ALEJANDRO, ATENAIDA, PROTASIA, PÁNFILO, HIPERBOLOS, CALIXTA, TEÓFILO

CALIXTA

(Sin aliento, del mucho correr.) Desapareció.

HIPERBOLOS

Se perdió en las hondonadas de donde sacan el sulfato de cal, vulgarmente llamado yeso.

CALIXTA

(Mostrando sus vestidos destrozados.) Miren cómo me he puesto.

TEÓFILO

Yo metí las dos piernas hasta las rodillas en un fangal.

PÁNFILO

(Respirando con dificultad.) Se perdió en las hondonadas. Yo no he podido seguir. Allá quedan los criados buscándola. Desde que empezó á so-

plar el huracán y noté lo descompuesta que iba la señora, comprendí que se nos escaparía.

ATENAIDA

(Dulcemente irónica.) Don Pánfilo: díganos todo lo que usted ha previsto, para que podamos prepararnos...

ALEJANDRO

Para que los acontecimientos próximos no nos cojan desprevenidos.

PÁNFILO

Os daré cuenta de mis previsiones en el momento actual. Lo primero que debo anticiparos es que estoy decidido á sacrificarme aceptando una cartera en la próxima crisis.

ALEJANDRO

Te felicitamos cordialmente.

CALIXTA

¡Viva el tío Pánfilo, ministro!

TEÓFILA y PROTASIA

¡¡Viva!!!

ATENAIDA

(Aparte á Alejandro.) No hagas caso de ese imbécil; el ministro eres tú.

CALIXTA

(Mostrando sus vestidos desgarrados.) Vamos á mudarnos de ropa.

TEÓFILA

Estamos indecentes.

PROTASIA

Me cai por un talud y estoy perdida de fango.

CALIXTA

Atenaida, ven con nosotras.

PÁNFILO

No, no; Atenaida se queda aquí; yo se lo mando... Alejandro, Hiperbolos, bien podríais llegaros á la Presidencia y enteraros del resultado de la crisis; Dióscoro tarda.

ALEJANDRO

Aunque es seguro que serás ministro, iremos á ver...

HIPERBOLOS

Entiendo yo qué aunque la crisis tarde en resolverse, tu candidatura flotará sobre el revuelto piélago de las ambiciones.

PÁNFILO

Preveo mi sacrificio en aras de la patria.

ALEJANDRO

A la Presidencia.

HIPERBOLOS

Pronto sabrás lo que hubiere. (Vanse Alejandro é Hiperbolos por el jardín.)

ESCENA XV

ATENAIDA, PÁNFILO

PÁNFILO

Ya estamos solos... Quiero decirte... Tú, que eres tan lista, habrás comprendido...

ATENAIDA

Sí, señor, lo he comprendido.

PÁNFILO

Aunque soy la misma reserva, no he podido ocultar el dulce afecto que siento por ti. Admiro tus virtudes, tu soberano talento y agudeza...

ATENAIDA

Lisonjero, meloso...

PÁNFILO

Mis sentimientos hacia ti van ahora más lejos de lo que tú podrías suponer. Tiempo ha

que batallo con la idea de complicar tu existencia con la mía; es, á saber: concertar, armonizar mejor dicho, nuestras voluntades de un modo permanente... Esto lo sabías tú, picarilla.

ATENAIDA

Lo sabía, sí, señor.

PÁNFILO

Y á propósito. ¿Recibiste un magnífico Diccionario enciclopédico, histórico, biográfico, etcétera, etc., que te ofrecí por conducto de una diligente mandadera?

ATENAIDA

Sí lo recibí. Es una obra sumamente instructiva, y pienso aprendérmela de memoria para dar extensión á mis conocimientos.

PÁNFILO

(Satisfecho.) Ajajá. Bien decía yo que el mejor obsequio para ti era esa pirámide de la ciencia humana. Pues bien, encantadora mujer: quiero que desde hoy me consagres tu existencia, que seas mía, resueltamente mía.

ATENAIDA

(Risueña.) Esto que usted me dice ya lo había yo previsto.

PÁNFILO

Previsores los dos; eso me gusta. Si estamos de acuerdo, te diré que, terminada la educación de las niñas, que pronto se casarán, la gran maestra, la infatigable trabajadora, se dedicará exclusivamente á ser Pánfila de este Pánfilo.

ATENAIDA

(Vivamente, riendo.) Pues dígame en qué condiciones voy á ser yo doña Pánfila.

PÁNFILO

Quiero poner las cosas en su punto, y no prometer más de lo que puedo dar. En tu elevado criterio te harás cargo de que yo no puedo casarme contigo.

ATENAIDA

¡Claro! Un señor de alta posición, que será ministro mañana ó pasado, ¿cómo ha de casarse con una mujer desvalida que vive de su trabajo?

PÁNFILO

(Vivamente.) Si nos entendemos, tu subsistencia corre de mi cuenta. Junto á mí tendrás un bienestar tranquilo y modesto. Tú me conoces.

ATENAIDA

(Con sorna.) Ya lo creo que le conozco. Es usted el método, la previsión, el orden...

PÁNFILO

Justo, eso soy. Vivirás en mi casa; cuidarás de mi ropa, de mi comida...; tendrás la casa limpia y resplandeciente como los chorros del oro.

ATENAIDA

Muy bien, muy bien. ¡Qué vida tan deliciosa!

PÁNFILO

Deliciosa; bien puedes decirlo. Serás libre, sometiéndote, naturalmente, al régimen metódico y reglamentario que es el ser de mi ser.

ATENAIDA

Ya sé, ya sé. Tendré que llevar en un libro el Debe y Haber del gasto doméstico; mediré los pasos, contaré los minutos...

PÁNFILO

Justo, justo. No saldrás de casa sin mi permiso, y tus salidas han de ser motivadas por alguna diligencia necesaria. De antemano fijarás las calles que has de recorrer y el tiempo que has de tardar.

ATENAIDA

Para eso no he de violentarme; pues ya sabe usted, señor don Pánfilo, que en método y reglamentación de la vida, allá nos vamos usted

y yo. También me será fácil medir el compás que hemos de llevar cuando comamos: cucharada usted, cucharada yo; los pasos que he de dar desde el gabinete á la cocina...

PÁNFILO

No; á la cocina no tienes que ir más que á dar órdenes. Los servicios de cocinera, planchadora y demás, serán desempeñados por mujeres que yo mismo designaré, y á las cuales les impongo la rigurosa disciplina de no hablar dentro de las paredes de mi casa.

ATENAIDA

Sólo usted y yo tendremos derecho al uso de la palabra. Y á la cotorra charlatana que tiene usted en su casa, ¿cómo la reduciremos al silencio?

PÁNFILO

A mi primo Hiperbolos, que fué quien me la dió, se la devolveré para que la perfeccione en el arte oratorio. Conque ya sabes: á mi casa no traigas visitas, ni á ninguna persona de tu familia. Como he de pasar gran parte del día en el Ministerio, te prohibo que durante mi ausencia entre nadie en casa. Rompe toda clase de relaciones con tus parientes; todos tus cariños han de ser ya para mí. ¿Estamos conformes?

ATENAIDA

Sí, señor.

PÁNFILO

Pues ya sabrás quién es Pánfilo.

ATENAIDA

Y ya sabrá usted quién es Atenaida. (Entra por el foro Hiperbolos.)

ESCENA XVI

LOS MISMOS. — HIPERBOLOS

HIPERBOLOS

Aunque la crisis no está resuelta, ya se sabe quién será ministro.

PÁNFILO

Me sacrifico, me sacrifico...

HIPERBOLOS

No necesitas sacrificarte, querido Pánfilo, porque el ministro será Alejandro. No viene conmigo, porque le dejé en la Presidencia.

PÁNFILO

(Estupefacto al principio; luego se rehace.) ¡Oh! Alejandro... Sí, sí; yo lo había previsto. Ya dije á Dióscoro que no me conviene sacrificarme (diri-

giéndose á Atenaida); quiero conservar mi libertad. Ese pobre Alejandro no hará más que lo que queramos nosotros.

ATENAIDA

Alejandro es materia blanda y generosa.

PÁNFILO

Tomará la forma que queramos darle. Tú nos ayudarás en esto.

ATENAIDA

Ya lo creo que ayudaré.

PÁNFILO

Y todo lo arreglaremos á nuestro gusto. Cuenta contigo. (Dirigese á Hiperbolos.)

ATENAIDA

(Aparte.) Y esta pobre Atenaida cuenta con la divina justicia. Necios, villanos; temblad. ¡Ahora yo soy la ministra, yo, yo!

TELÓN

FIN DE LA JORNADA SEGUNDA

JORNADA TERCERA

CUADRO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

ATENAIDA, que, meditabunda, sale de su casa en las primeras horas del día, llevando un saquito en la mano.

ATENAIDA

Hoy salgo de mi casa con la inflexible determinación de que no se prolongue un día más la ansiedad en que vivo. En mi mente llevo grabadas con caracteres de fuego estas palabras: Ó vida ó muerte. Muerte, querrá decir que todo ha concluído para mí en este mundo; y si la vida prevalece sobre la muerte, significará, ¡oh Alejandro mío!, que habré logrado sacarte de la vorágine tenebrosa de la Sinrazón. Resuelta voy á lograr este fin supremo. (Detiéndose y contempla su casa con melancólica ternura.) ¡Adiós, generosa familia que me has dado albergue! ¡Humilde casa, mansión de paz, ni muerta ni viva he de volver á ti! (Sigue andando lentamente sin apartar su mirada del suelo.) Alejandro, amado mío, voy en tu busca. ¿Te encontraré en el Ministerio? ¿Estarás